

tal vez en la forma mas ó menos pura de los labios, ó en la fusion mas ó menos armónica de los colores de la tez? Seguramente con dificultad podríais decirlo, ni jamás conseguireis penetrar el arcano misterioso que, bajo el nombre de fisonomía, asedia y conmueve nuestro sér entero, mostrándonos como una contraprueba del carácter en la frente, flotante como una atmósfera del alma en torno del rostro humano, y reasumiendo en unidad suprema é inefable la expresion viviente y combinada de las diferentes facciones del rostro humano. Tantos elementos concurren á formar el efecto total, que toda análisis nos es imposible, ciñéndonos á enunciar el efecto atractivo ó repulsivo de este sentimiento, rápido como un instinto, y tan infalible en nosotros como la impresion que sentimos al meter la mano en el agua hirviendo, tibia ó fria. Así no hay mas conclusion que la resultante favorable ó desfavorable que sentimos al mirar tal ó tal fisonomía.

XXVI

Pues bien, lo mismo sucede con el estilo, cuyo efecto mas ó menos halagüeño ó chocante sentimos instintivamente antes de toda analisis, en términos que ora nos deja helados, ora nos seduce por un calor voluptuoso, ora nos abrumba soporificamente,

ora nos arrebatara en una atmósfera de entusiasmo; si bien se compone de tantos elementos indefinibles para la inteligencia y el corazon, que se presenta misterioso como la fisonomía, y al resentirlo en sus efectos, nos es imposible analizarlo en sus causas. Los retóricos nunca pudieron enseñarlo ni sorprenderlo, por una imposibilidad análoga á la de los químicos que jamás consiguieron asir el principio de vida que de sus dedos se escapa en los elementos que elaboran; principio conocido en sus productos, si bien desconocido en su esencia. ¿Y cómo podria ser de otro modo, cuando el mismo escritor ignora la naturaleza de ese don tan inherente al pensar y al sentir, como su color peculiar á los cabellos, ó la sensibilidad al tacto?

Enumeremos tan solo algunas de las condiciones innumerables que requiere lo llamado estilo, y juzgad si cabe poder á la retórica de formar en un hombre ó en una muger un conjunto de calidades tan diversas.

Es necesario que el estilo sea verdadero y en la impresion se amolde el lenguaje, sin cuya condicion será impostor su efecto sin conseguir engañar, como la declamacion gesticulosa y enfática de un cómico á la legua;

Es necesario que sea claro, pues si así no fuese, carecerá de toda transparencia la palabra, y ofuscará en vano la mente con sombra ópaca ó reflejos sin diafaneidad;

Es necesario que no solo mane, sino brote; y de

lo contrario los esfuerzos del escritor se comunicarán al lector por una fatiga contagiosa ;

Es necesario que sea sencillo, pues la sorpresa continua impide seguir los refinamientos del lenguaje, y mientras se admira la frase, se evapora la impresión ;

Es necesario que posea un colorido suficiente para no quedar pálido y deslucido, ofreciendo líneas y no relieves ;

Es necesario que sea figurado, pues si no lo esmaltan algunas imágenes, la fría descripción de los objetos no será reflejada objetivamente por espejo alguno y escapará á la acción de los sentidos ;

Es necesario que sea sobrio, pues la hojarasca aturulla, y el farrago causa hastío ;

Es necesario que sea abundante, pues la escualidez de la expresión revela la indigencia del talento ;

Es necesario que sea modesto, pues el brillo excesivo deslumbra ;

Es necesario que sea rico, pues la miseria apoca el espíritu y encoge el corazón ;

Es necesario que sea natural, pues los esfuerzos artificiales desfiguran las ideas ;

Es necesario que tenga movimiento, para que su impulso se comunique al que lea ó escuche y lo arrastre en la órbita de la atracción del escritor ;

Es necesario que sea vivo y animado, pues un calor balsámico constituye la temperatura del alma ;

Es necesario que sea espontáneo, pues todo lo que cuesta dificultad afecta desagradablemente ;

Es necesario que lo amenice la diversidad, pues la uniformidad constante engendra la monotonía y el fastidio ;

Es necesario que discurra, pues el hombre es un sér racional ;

Es necesario que conmueva y apasione, pues el hombre no es solamente inteligencia sino corazón ;

Es necesario que platique, pues la lectura es una conversación con ausentes y con difuntos ;

Es necesario que sea personal y tenga un sello peculiar y distintivo, pues cada hombre posee su individualidad ;

Es necesario que sea lírico, para reproducir las modulaciones de la humana voz, los gritos íntimos del alma, los goces misteriosos de nuestro sér, los dolores secretos que tuercen y despedazan nuestro corazón ;

Es necesario que lllore, pues á la naturaleza humana cabe el privilegio exclusivo de vertir lágrimas ;

Es necesario... Pero numerosas páginas no bastarian para enumerar todos los elementos de que consta el estilo y las condiciones múltiples que requiere, calidades que ningún escritor supo reunir como M^a de Sevigné, muger incomparable que, mas que un escritor, es el estilo por excelencia, y cuyo libro no es un libro sino una vida.

XXVII

Así una mujer perfeccionaba la lengua de Bossuet, al paso que preparaba la de Voltaire; y parecía que, por un privilegio especial de la suerte, se forjaba sobre el yunque ó se amasaba en el regazo de una madre, el mas diverso, el mas maleable y el mas universal de todos los instrumentos de comunicacion, de sentimientos ó ideas para la literatura francesa. Mas de una vez hemos sido injustos para con esta lengua en nuestros primeros años, acusándola de ser rebelde para el giro poético y parcimoniosa en demasía para la imaginacion. La reflexion nos hace retractar esta acusacion temeraria, bien convencidos de que nuestro idioma es tan solo refractario para los flacos y ávaro para los ánimos sin temple ni vigor, exigiendo que le arranquen sus dádivas, pues como los instrumentos de música mas perfectos, no tolera la medianía, reclamándolo todo ó nada, esto es, obras maestras ó el silencio.

XXVIII

No podemos terminar esta reseña rápida sobre la lengua del siglo de Luis XIV, sin detenernos un momento sobre el elemento distintivo de la literatura de esta época memorable, elemento que, mas que ningun otro, contribuye á imprimirle una fisonomía original. Tal es, en nuestro concepto, el carácter religioso y por decirlo así *sacerdotal* que envuelve y sella este período culminante de nuestros anales. La inspiracion procede de la Iglesia, y el sacerdote descuella como pontífice literario. A excepcion de Corneille, Racine, La Fontaine, Pascal, Nicolle, Boileau y San Simon, casi todos los grandes fundadores del estilo son escritores ú oradores salidos del santuario; y aun si bien se observa, Racine, Pascal, Nicolle, Boileau y el mismo San Simon, son especies de levitas afiliados á la secta eclesiástica y ascética de Port-Royal, sagrado monasterio para los espíritus absortos en las meditaciones de la fé. Este carácter sacerdotal debia formar un género de estilo completamente adecuado al cristianismo, estilo soberanamente original y sin precedente en ninguna de las literaturas antiguas. En el sermón, en la homilia, y sobretudo en la oracion fúnebre, vemos por primera vez la con-

fluencia de la elocuencia sagrada y la profana, del púlpito y la academia, del pontífice y el literato. El privilegio que confiere la Iglesia al sacerdote de hablar sobre la tumba, debia hacerle inventor de este nuevo género participante á la vez del cielo y de la tierra.

Personage culminante de esta doble situacion, Bossuet parece haber nacido para el sacerdocio, para el pontificado, para el altar, para el atrio, para el púlpito, para el ropage talar, para la tiara. Ningun otro lugar, ninguna otra funcion, ningun otro vestido pueden convenir á su naturaleza imponente, y en vano se esfuerza la imaginacion en representarse en traje secular al varon excelso, en quien se hallaban tan íntimamente armonizados el genio y la profesion, al excelso hierofante quien mas que un hombre parece un oráculo sublime con fulminante voz.

XXIX

Deseosos únicamente de considerar al sacerdote bajo el punto de vista de la literatura, no es nuestro intento lisongear ni denigrar el gremio eclesiástico. Como la conciencia, la teología pertenece al dominio privado de cada comunión, y este motivo es mas que suficiente para que ni por asomo pretendamos penetrar en tan sagrado asilo; pero, prescind-

diendo de toda ciencia divina y ciñéndonos á considerar el estado sacerdotal en sus relaciones con el mundo, debemos reconocer las superioridades morales y privilegios inherentes á esta profesion para el varon dotado de genio y virtud que se consagra á su ejercicio.

Lo primero que se nota es como un fluido de piedad, fuerza y virtud que envuelve al ministro evangélico. Este fluido es real, y no pasto estéril de una imaginacion entusiasta, por mas que militen contra nuestra asercion las flaquezas, los vicios, la ambicion, el orgullo, la gazmoñería de ciertas corporaciones que se muestran cubiertas con el cándido lino ó el tosco sayal; y no hay que olvidar que el mismo Evangelio levanta la piedra de los *sepuleros blanqueados*, para mostrarnos sin disfraz y en toda su fealdad la falaz hipocresía. El hábito puede encubrir, mas no transformar las diformidades del cuerpo, y es necesario reconocer que hay torpezas en el sacerdocio, torpezas mas horrendas que en otras condiciones, porque desdican de la santidad divina, afrentan el carácter sagrado, y atropellan las leyes eternas de la moral cristiana.

Pero, al mismo tiempo que juzgamos con implacable severidad los ministros del culto cristiano, no podemos menos de reconocer que hay en el carácter sacerdotal una autoridad y un prestigio incontestables sobre la generalidad humana.

Posesor exclusivo de la palabra en la tribuna de las almas, orador de la moral evangélica, el púl-

pito es para el sacerdote, un solio mas excelso que el de los monarcas de la tierra, pues, su dominacion se extiende hasta en las conciencias. De cuantos puestos puede ascender un mortal en este mundo, el mas alto para un hombre de genio, es seguramente la cátedra del Espíritu santo. Y si este hombre es Bossuet, esto es, si reúne en su persona la conviccion que asegura la actitud, la pureza de vida que preconiza el Verbo, el zelo que devora, la autoridad que impone, la nombradía que predispone, el pontificado que consagra, la senectud que el rostro santifica, el genio que es la divinidad de la palabra, la idea madura que es la conquista de la inteligencia, la explosion súbita que es el asalto del espíritu, la poesía que es el resplandor de la verdad, la gravedad de la voz que es el órgano sonoro de los pensamientos, la cabellera cana, la palidez procedente de la agitacion interior, la mirada de águila que el sol contempla de hito en hito, la boca cordial, los gestos en fin que son las actitudes visibles del alma; si este hombre sale lentamente de su recogimiento como de un santuario interior; si se deja sublimar poco á poco por la inspiracion como el ave audaz, cuyas alas, antes de elevarse á la region del rayo, se agitan y preludian no abarcando aun una cantidad de aire suficiente; si, con vista perspicaz y rauda vuelo, hiende veloz el cristalino espacio cesando de sentir bajo sus piés el pavimento del púlpito; si á plenos pulmones respira el espíritu divino, y si desde tan descomunal altura, vierte sin ago-

tarse en su auditorio la inspiracion ó lo que se llama la palabra de Dios, un sér semejante no es un hombre, sino una voz.

¡ Y qué voz!... Una voz que nunca consiguen enroquecer, agriar, irritar, profanar nuestras pendencias del siglo; una voz que, como el trueno en las nubes, ó el órgano en nuestras basílicas, resuena siempre como el eco de persuasion divina en nuestras almas; una voz que vibra sobre un auditorio arrodillado; una voz que todos escuchan en silencio y á la cual cada uno responde por una inclinacion de la frente ó lágrimas en los ojos, mudos aplausos del alma; una voz que nadie osa contradecir, nadie refutar, aun cuando hiera ó sorprenda; una voz en fin que no habla en nombre de la opinion, cosa fugitiva; ni en nombre de la filosofía, cosa discutible; ni en el de la patria, cosa local; ni en el de la soberanía del príncipe, cosa temporal; ni en nombre del mismo orador, cosa transformada; sino en nombre del mismo Dios con una autoridad de lenguaje sin igual en la tierra, y contra la cual el menor murmullo es impiedad, y la menor protestacion blasfemia.

Tal es la tribuna del sacerdocio, tal la tripode del profeta, tal es el púlpito del orador sagrado. Triple carácter que personifica Bossuet, cuya historia es la historia misma de tan sublime elocuencia; fuelito y admirable varon, digno de subir á tan excelsa catedra cuya encumbrada altura no es dado escalar á la elocuencia profana. Grandes son los

nombres que ilustraron la tribuna política; pero Bossuet, igual en genio á los mas sobresalientes, y los supera por la elevacion hablando desde la nube, mientras que sus rivales no se elevan del nivel de la tierra. Ciceron no le excede en cultura y abundancia, Demóstenes en violencia y persuasion, Chatam en poesía oratoria, Mirabeau en vena impetuosa, Vergniaud en estilo ameno y figurado. Todos son inferiores por la magestad y el vuelo fulgoroso, y, oradores humanos, ceden la palma al orador divino cuya voz resuena en el Empíreo y nos eleva á la morada de gloria.

Bossuet nació, vivió, murió en el templo, y su existencia entera puede ser considerada como un largo y solemne discurso. Sacerdote aun mas que literato, fué el primero que elevó la oracion fúnebre á la altura de los profetas.

La muerte del príncipe de Condé le sugirió un texto imponente. Tal fué la última y la mas sublime de sus oraciones, en la cual su genio llegó á contraer la solemnidad del sepulcro al cual él mismo se acercaba. El súbito fallecimiento de su protector y admirador mas constante, parecia decirle que toda celebridad debe disiparse como humo.

Entre estos dos gloriosos nombres del siglo, uno en la guerra y otro en las letras y religion, parecia mediar una corriente recíproca y simpática. El aviso dado por la muerte del príncipe resonó en el corazón de Bossuet y le inspiró el epilogo de su discurso, esto es la cima fulgorosa de la elocuencia mo-

derna que nunca igualaron ni aun sospecharon los mas egregios ingenios de Atenas ó Roma.

La senectud, la contemporaneidad, la igualdad de nivel entre el orador y el héroe que á su piés yacia, daban realce á la elocuencia, y el espectáculo era tan imponente como la arenga cuyo complemento parecia formar.

« Echad los ojos en torno, » dice el príncipe de los oradores, » y contemplad lo que pudo hacer la magnificencia y la piedad para honrar á un héroe; títulos, inscripciones, señales vanas de lo que no existe; figuras que parecen llorar sobre un sepulcro, frágiles imágenes de un dolor que disipa el tiempo; columnas que parecen llevar hasta el cielo el magnífico testimonio de nuestra miseria; nada falta en una palabra á tan suntuosas exequias.

« ¡Llorad pues sobre estos débiles restos de la vida humana; llorad sobre esta triste inmortalidad que tributamos á un gefe lleno de laureles! Pero acercaos en particular, oh vosotros que corriais con tanto ardor en la carrera de la gloria, almas guerreras é intrépidas, y decidme: ¿Hubo alguién mas digno de ponerse á vuestra frente? ¿Cuándo vieron los siglos una dominacion mas benévola?

« Llorad ese gran caudillo, deplorad su pérdida irreparable, y exclamad con voz doliente: ahí yace inánime el que nos conducia á los peligros, cuyos ejemplos formaron tantos impávidos capitanes, aquel cuya sombra bastaria para ganar las batallas, cuyo nombre en silencio nos anima y nos advierte que,